

La división es vista con otros ojos desde la perspectiva opuesta y así la gente "simple", representada en la obra, en alguna medida, por un policía, opina que "hay un mundo honesto y un mundo deshonesto" (página 51).

La simplicidad antidialéctica de ambas posiciones queda de manifiesto a través de la acción.

Marcos, enamorado de una lesbiana, da muerte a la amiga de ella y posteriormente, por obtener y conservar su amor inicia una vida que incluye desde el robo a mano armada hasta anomalías psicosexuales que le llevan a vestirse de mujer. Finalmente, delatado por su amada, se enfrenta en un tiroteo con el policía mencionado, a quien ya había conocido durante la investigación del asesinato.

Tendido en su lecho de herido el policía siente como falso el esquema binario que, sobre la composición del mundo, heredara de su padre. Marcos, que ha huido vestido de mujer, vaga por el campo, cae allí rendido, duerme y es recogido al amanecer por un carretero, a quien, sin saber por qué ("No me entiende nada ¿por qué le estoy hablando?"; página 120), le cuenta toda su historia. Pero el carretero sí ha comprendido y, mientras muere Marcos, dibuja en el aire, con su arreador, la señal de la cruz. Es la absolución final.

La técnica de desarrollar dos acciones paralelas en forma dialéctica ya había sido empleada por Sáenz. Cobra aquí, ciertamente, un sentido más acabado y profundo; abarca problemas más trascendentes. Pero no logra la perfección de su técnica cuentística. Los motivos son, en cambio, los mismos. La filosofía cristiana de Dalmiro Sáenz, y dentro de ella el especial acento que el escritor pone en la frase evangélica que diera título a su primera obra: "No siete, sino setenta veces siete debemos perdonar", subyace en esta novela. La teoría de que el pecado es un puente hacia Dios, así como lo fue la lanza entre Cristo y el soldado, también. (Cfr. prefacio a *Setenta veces siete*).

Pero no sólo en este sentido, meyorativo, se observan repeticiones. Frases, episodios completos, personajes, recuerdan muy de cerca los de anteriores obras del autor. Como conjunto *Hay hambre dentro de tu pan* no deja en el lector una impresión nueva, pujante. Sí la de un talento agotado que se consume a sí mismo.

LUIS IÑIGO MADRIGAL

MANUEL ROJAS: "SOMBRA CONTRA EL MURO" (novela). Santiago de Chile. Zig-Zag. 1964. 233 p.

He aquí una nueva novela de Manuel Rojas, ambientada también en el bajo pueblo urbano y sin un argumento vertebrado. El autor, desde su lejana "Lanchas en la Bahía", libro que el alud de los tiempos no ha echado a pique, en verdad jamás ha escrito para contar una anécdota

predeterminada, cuya sola singularidad justificara su desarrollo y los correspondientes agregados. La vida para este novelista, como para la mayoría de la gente, no es una historia espectacular y apasionante, sino un lento fluir de días y de noches, que se van llenando al azar, a veces con sucesos imprevistos, pero generalmente con muchas vaciedades y en un clima de natural distensión.

En su obra "Hijo de Ladrón", y posteriormente en "Mejor que el Vino", Manuel Rojas nos presentó el mismo personaje, aunque en etapas distintas de su obscura trayectoria, Aniceto Hevia, el cual también aparece en "Sombras contra el Muro", pero no en primer plano, sino como otra de las sombras. Esta novela desenvuelve su acción, que es escasa, en Santiago y en Valparaíso, hacia las dos primeras décadas de nuestro siglo, a juzgar por ciertas referencias esquemáticas que apenas las identifican. El autor omite describir sus características, estructura y decorados, sin que ello signifique, por suerte, que los personajes actúen en el aire por falta de plataforma. Manuel Rojas sabe que hoy las descripciones urbanas o rurales, si no contienen una justa dosis de poesía, aburren, y por ello ha detenido su mirada y su análisis, principalmente, en los personajes. Mas, como ninguno de ellos luce una personalidad rica y profunda, la psicología exhibida, a fuerza de ser realista, carece de interés. El amor, el heroísmo, la solidaridad y otras virtudes están ausentes en la conducta de estos personajes, pobres diablos cuya mayor preocupación es comer, beber y, si se puede, disponer momentáneamente de una hembra. La suya resulta así una vida animal, casi meramente orgánica, animada menos por el espíritu que por los instintos.

Todos estos personajes son un hato de rateros de poca monta y de módica imaginación, de anarquistas sentimentales que tienen una idea vaga y confusa del anarquismo, o de haraganes sin remedio que ofician de intelectuales, como una manera de justificar su invicta pereza. Ninguno tiene perfil suficiente para ser héroe. El autor los presenta a través de sus propias divagaciones, siempre de escaso vuelo y desprovistas de toda gracia o novedad. Esta mediocridad conceptual se explica por sí sola, dado que casi todos son ladrones de oficio y, por ende, tipos inteligentes. Cada uno de ellos entra en escena en forma monologante, mezclando en su soliloquio descripciones, ideas y sucesos de manera continua, sin puntos ni comas y —he ahí el acierto— sin caer en el caos. Es el estilo de la simultaneidad, cuanto más integrador en contraposición al estilo tradicional, de estructura lineal, que comúnmente dispone, para captar toda la fluente y vasta realidad, de un solo punto de mira, el del personaje principal o, desembozadamente, el del propio escritor.

"Sombras contra el Muro", más que una novela en su acepción clásica, es la crónica —sin principio, sin nudo, sin fin—, de una clase de individuos, los mismos ex hombres de Gorki, que los nuevos tiempos han eliminado, como que encontrar hoy en Santiago un desarrapado anarquista debe ser tan fácil como hallar una jirafa. Este ambiente, con tales

personajes, corresponde así a otro Chile menos desarrollado aun que el actual. Sólo en tales condiciones se justifica que floreciera en los extramuros, con tanto entusiasmo y color, el anarquismo, y se hablara de volar con dinamita un Banco, con la misma fruición con que se estuviera aludiendo a la belleza de la Gioconda. Hoy, debido a los refuerzos de la policía moderna, los ladrones son proporcionalmente menos, y sus descendientes estudian para trabajar en oficinas y poder emigrar a otro barrio.

El estilo de Manuel Rojas es vulgar, de giros previstos, sin metáforas. No se distingue este autor por la nobleza de su expresión, huérfana de hallazgos y sorpresas. Eso no le preocupa. Le interesa más dejar el testimonio objetivo de una época de Chile en que la pobreza y la falta de trabajo malograban innumerables vidas proletarias en una proporción mucho mayor que la de hoy. Por otra parte, uno de los atractivos de la literatura de Manuel Rojas, y que hace que sus libros se lean de punta a cabo, pese a que no interesan por su fondo, que suele ser chocante por las crudezas exhibidas, ni tampoco por su forma, de corte periodístico, reside en que es un hombre que ha vivido mucho antes de escribir, en que no es un autor de gabinete, saturado de lecturas y atenido a su pura imaginación. Una corriente de autenticidad, con verdades a la luz del sol, fluye por sus páginas y capta al lector, que siente, que huele, que sabe que todo eso es la vida misma y no una amañada ficción.

"Sombras contra el Muro", y las otras obras del mismo autor, se suman a la lista de novelas de los bajos fondos de Chile, junto principalmente a "Hijuna", de Carlos Sepúlveda Leyton; "El Roto", de Joaquín Edwards Bello; "La Viuda del Conventillo", de Alberto Romero; "Vidas Mínimas", de José Santos González Vera, y "La Sangre y la Esperanza", de Nicomedes Guzmán. Como todas ellas, a fuerza de limitarse a referir el curso de algunas vidas sin destino, queda exenta de servidumbre extraliteraria. "Sombras contra el Muro" muestra una galería de rateros, pseudointelectuales y anarquistas, sin loa ni menoscabo de su psicología, dejándolos ante el lector en sus exactas y anodinas dimensiones humanas.

EDMUNDO CONCHA

RAMÓN GARCÍA CASTRO. TRUMAN CAPOTE: DE LA CAPTURA A LA LIBERTAD. Santiago de Chile. Editorial Universitaria S. A. 1963. 126 p. (El Espejo de Papel. Cuadernos del Centro de Investigaciones de Literatura Comparada. Universidad de Chile).

TRUMAN CAPOTE es, sin duda, el más importante de los narradores norteamericanos posteriores a la *generación perdida*; su obra —escasa, hecha de novelas cortas o de cuentos— es, entre la producción de los escritores nacidos en los últimos cuarenta o cincuenta años, una de las pocas que merecen destacarse. Sólo Carson McCullers (por lo demás, generacional-